

RECENSIONES

VERDADES UNIVERSALES Y VERDADES PRIVADAS

J.A. MARINA, *Por qué soy cristiano. Teoría de la doble verdad*, Barcelona, Anagrama, 2005.

Negar la importancia que la religión, y el cristianismo en particular, ha tenido, y continúa teniendo, en la configuración de la cultura occidental, no es sino practicar la táctica del avestruz, escondiendo la cabeza bajo prejuicios ideológicos, o del tipo que fueran, para no tener que ver (y, por tanto, no tener que afrontar) una realidad manifiesta. Este punto de vista es defendido por José Antonio Marina desde el comienzo mismo del libro que nos disponemos a comentar, y en esta línea sostiene que «un filósofo tiene que enfrentarse con los temas esenciales de la realidad y también de su cultura, y parece evidente que, en una civilización cristiana como la nuestra, saber a qué atenerse respecto del personaje [Jesús de Nazaret] al que constantemente se hace referencia es inevitable» (p. 9). Hablando más en general, Marina defiende, junto con eminentes antropólogos, que la religión constituye un elemento primordial, y hasta definitorio, de la humanidad, pues no hay grupo humano sin religión. La primera interpretación y explicación de la realidad es religiosa; sólo después aparece la explicación racional (filosófica y/o científica). La filosofía griega, por ejemplo, apareció en el siglo VI a. C. como «paso del mito al *lógos*», como ya pusiera de manifiesto F.M. Cornford en su obra *De la religión a la filosofía* (1912). En cualquier caso, J.A. Marina es tajante al afirmar que «la matriz de todas las culturas fue religiosa. En ese punto inicial la religión lo

absorbía todo. Pero poco a poco se fueron desglosando algunos elementos: la ciencia, el derecho, la política» (p. 50).

Que el cristianismo sea uno de los pilares básicos de la cultura occidental ha traído consigo que su evolución haya determinado, de forma relevante, el devenir mismo de nuestra civilización. Marina considera que en su desarrollo, expansión y conformación la religión cristiana o, mejor aun, la «experiencia cristiana» (entendiendo por ésta la interpretación cristiana del mundo) ha supuesto una importante fuente de tensiones. Estos puntos de fricción dentro del cristianismo han tenido lugar, según Marina, en relación con los siguientes aspectos:

- A) Tensión entre «verdad subjetiva» y «verdad objetiva». Como sugiere el subtítulo de la obra objeto de esta reseña, Marina se basa en su análisis de la experiencia cristiana (y del papel del cristianismo en la sociedad actual) en la «teoría de la doble verdad». La primera formulación de esta doctrina se debe al filósofo árabe, de origen cordobés, Averroes (1126-1198), quien aspiró a conciliar la filosofía con el dogma, sosteniendo que existen dos tipos de verdad de índole diferente, o una «verdad doble»: la «verdad revelada» (referida a los dogmas religiosos) y la «verdad filosófica» (fundada racionalmente). Este dualismo entre filosofía y teología fue fundamental durante la Edad Media, y culmina con la síntesis tomista del siglo XIII. Marina, por su parte, distingue entre las «verdades subjetivas o privadas», que sólo pueden verificarse privadamente (incluyendo aquí las concepcio-



nes estéticas y religiosas), y las «verdades objetivas», universalmente justificables (dentro de las cuales sitúa las verdades científicas y las éticas). Ambos tipos de certezas son irreductibles entre sí, y pertenecen a dos ámbitos totalmente diferentes. El problema surge cuando las convicciones religiosas pretenden tener validez universal, y sobrepasan el ámbito particular que le es propio para intentar imponerse de forma intersubjetiva. Las democracias liberales occidentales han resuelto este problema protegiendo las libertades individuales (mediante el derecho a la libertad de conciencia) y, al mismo tiempo, conciliando mediante leyes jurídicas las libertades individuales de los ciudadanos, de tal modo que, como señala J.A. Marina, «cuando esas creencias [privadas] se enfrentan a verdades universales —científicas o éticas— deben someterse a ellas» (p. 65). Comparto con el autor que esta solución, emanada de la cultura occidental, es la respuesta más justa que se ha encontrado al conflicto entre creencias privadas y verdades universales. Y puestos a estar de acuerdo, comparto también con él su concepción de la ética como un ámbito de verdades objetivas; de no ser así, la ética termina por disolverse en estética (en mera expresión de preferencias subjetivas sin validez universal) y los argumentos éticos se tornan meros ejercicios retóricos. No es posible abundar aquí en este importante asunto de la fundamentación ética, que, dicho sea de paso, tampoco es el tema principal del que se ocupa Marina. En cualquier caso, el subrayar el carácter privado de la experiencia religiosa no implica, como a veces se esgrime, desterrar la religión de la vida pública, sino tan sólo manifestar que cuando las creencias religiosas privadas entran en conflicto con verdades universales (éticas o científicas) deben retornar al ámbito privado que le es propio¹.

¹ Resulta curioso constatar cómo precisamente aquellos que con más ahínco defienden posiciones relativistas y el denominado «pensamiento débil», son

B) Tensión entre el «modelo gnóstico» y el «modelo práctico» del cristianismo. Por «modelo gnóstico» entiende Marina la versión del cristianismo centrada en el conocimiento de Dios, en las verdades y los dogmas («ortodoxia»); en cambio, el «modelo práctico» se preocupa sobre todo por la acción («ortopraxia») y gira en torno a la caridad y el concepto de Bien. El cristianismo oficial, nos dice el autor, ha privilegiado tradicionalmente la primera interpretación sobre la segunda, lo que a su juicio ha constituido un error histórico, pues de aquí se han derivado no pocos de los desmanes cometidos por las distintas iglesias cristianas en sus pretensiones de ser dueñas de la verdad absoluta (pretensión ésta sin fundamento, de acuerdo con lo que comentamos en el apartado anterior). Marina aboga por un modelo del cristianismo, y de las religiones en general, en el que la ortopraxia prime sobre la ortodoxia, es decir, en el que se dé una praxis (objetiva) consistente en imitar el modelo de vida propuesto por Jesús, sin que se pretenda hacer valer una concepción religiosa (subjetiva) de forma explícita. Desde mi punto de vista, esta opción genera dos serios inconvenientes: por un lado, se reduce al cristianismo a una moral, a unos principios de acción; pero no podemos olvidar que la experiencia cristiana es también, y yo diría que previamente a lo anterior, una interpretación del mundo, de la vida y del ser humano, y es esta interpretación la que da sentido a toda acción posterior, y no a la inversa. Por otro lado, la concepción de Marina equipara la figura de Jesús a la de un mero líder político, y presenta su mensaje como si del ideario de un activista revolucionario se tratara; al menos es ésta la imagen que se esboza en el capítulo primero del libro.

también los que, con no poca frecuencia, niegan de forma más ferviente toda legitimidad al cristianismo para participar en los debates sobre cuestiones públicas. ¿Pero no es la visión cristiana tan válida, al menos, como cualquier otra a la hora de valorar los asuntos que afectan a la colectividad?

- C) Tensión entre las experiencias «vertical» y «horizontal» del cristianismo. Esta tercera fuente de tensión que se ha producido históricamente en el seno del cristianismo (y, vale decir, de la mayor parte de las religiones), tiene que ver con los conflictos entre las experiencias religiosas privadas y los cánones institucionales de la religión. El cristianismo, aduce Marina, tiene su origen en una experiencia individual («vertical») de aceptación del mensaje de Jesús, pero a partir de determinado momento se intentó institucionalizar esta experiencia, llegando a aliarse con el poder terrenal para garantizar el monopolio de la verdad absoluta. De este modo, lo que comenzó siendo un conjunto de «experiencias verticales» individuales terminó estableciéndose como un tipo de experiencia «horizontal» en la que primaban los dogmas sobre las vivencias personales de la fe. La Iglesia católica, nos dice Marina, ha primado, por miedo a la anarquía, la «experiencia horizontal» (el dogma y la institución) sobre la experiencia vertical. Este tipo de fricción me parece particularmente interesante y relevante en el devenir histórico, pero no sólo del catolicismo, sino también de las iglesias cristianas reformadas y, en general, de cualquier religión que haya alcanzado un mínimo de institucionalización en su desarrollo, lo cual es tanto como decir en la práctica totalidad de las religiones. Lo que venimos diciendo enlaza directamente con lo que comentamos en el apartado A anterior, pues no estamos hablando de otra cosa que de la tensión entre las «verdades privadas» (en este caso, de carácter religioso) y el carácter absoluto que desde las instituciones religiosas se les pretende atribuir. Marina resume esta tensión, consustancial a la experiencia religiosa, en la siguiente fórmula: «verdad religiosa = creencia privada (en una verdad absoluta)» (p. 80).
- D) Los conflictos entre «razón» y «fe». A este tema, cuyo desarrollo pormenorizado daría para repasar buena parte de la historia de las ideas en Occidente, dedica J. A. Marina el capítulo VI de su obra. Básicamente, nos viene a decir que el cristianismo (una

religión de origen oriental), al tomar contacto con la cultura griega, quedó fascinado por la búsqueda de la verdad basada en la razón, con lo cual se trató insistentemente de conciliar los dogmas revelados con la argumentación racional. La culminación de este proceso, como apuntamos más arriba, la encontramos en la síntesis escolástica de Santo Tomás de Aquino, para quien aunque razón y fe son mutuamente independientes y autónomas, las verdades racionales y las verdades de fe no pueden estar en contradicción: hay verdades (los «preámbulos de la fe») que pueden ser alcanzadas mediante la razón natural (como la existencia de Dios), y otras que sólo pueden ser fruto de la revelación divina (los «artículos de la fe»), como es, por ejemplo, que Dios es uno y trino).

Estas distintas fuentes de fricción y conflicto entre ideas y experiencias, lejos de suponer una tara, constituye para Marina una de las virtudes más interesantes del cristianismo, pues hacen de la experiencia cristiana una «fascinante aventura del espíritu», en tanto que «deriva de un proyecto que alberga tensiones contradictorias» (p. 128).

En cualquier caso, para el autor la religión viene a ser un ámbito de posibilidades frente a la pura y cruda facticidad. «Lo que para mí significa la religión (nos dice) es el rechazo total a encerrarme en el mundo de lo fáctico y lo trivial» (p. 142). Marina se declara cristiano porque considera que el cristianismo es un «modo de comportamiento», una importante y valiosa creación ética que, como peculiaridad propia, añade la referencia «privada» a Jesús.

Pero como señalé anteriormente, reducir el cristianismo a una mera guía de acción me parece desnaturalizar la experiencia cristiana en lo que ésta tiene de autenticidad. El cristianismo incluye una moral, pero no es sólo eso; es también, como ya apunté, una concepción del mundo y del ser humano que da sentido a cualquier acción que se haga en nombre de la fe cristiana. Que el cristianismo tenga pretensiones de validez universal no es el verdadero problema; las complicaciones surgen cuando se pretende im-

poner este tipo de creencias por la vía de la fuerza. Es por ello que el cristianismo, como cualquier religión y sistema de creencias, ha de convivir en las sociedades modernas respetando siempre las libertades individuales y fomentando la necesaria conciliación de las distintas libertades personales.

Marina aboga por el surgimiento de lo que denomina «religiones de segunda generación», más centradas en la praxis que en la defensa de los respectivos dogmas (la «ortopraxis» por encima de la «ortodoxia»). En este sentido, manifiesta su esperanza en que el cristianismo constituya una punta de lanza en este proceso,

cambiando el «modelo gnóstico», del que ya hablamos, por el «modelo práctico o moral», centrado en «la imitación de Jesús, en la construcción del Reino de Dios» (p. 132). Esto contribuiría, a su juicio, a la colaboración fructífera y el acercamiento entre las distintas religiones.

En una época como la nuestra, de «choque de civilizaciones» y fundamentalismos de diversa índole, este tipo de propósitos resulta de un valor inestimable. Por ello me parece que ante las esperanzas albergadas por J. A. Marina sólo cabe expresar un anhelo: así sea.

José Rafael HERRERA GONZÁLEZ

